

CAPÍTULO XIV

Situación apurada de la hacienda. — Estado deplorable de la marina. — Mr. Rouillé sucede á Mr. de Maurepas. — Mr. de Machaut. — Asunto de los bienes del clero. — Decreto del veinteno. — El parlamento. — Respuesta de Luis XV á las representaciones. — Quejas de la nobleza, del clero y de los estados de las provincias. — Bretaña. — Artois. — Languedoc. — Destierro de algunos nobles. — Cristóbal de Beaumont reemplaza á Mr. de Bellefonds en el arzobispado de París. — Su retrato. — Escuela filosófica. — La negativa de los Sacramentos. — Murmuraciones del pueblo. — Mr. Berryer jefe de la policía. — Bando contra los vagos y mendigos. — Raptos. — Motines. — Mad. Berryer. — Reorganización de la ronda. — Plan de fortificaciones y cuarteles al rededor de París. — El camino de la *Rebelión*. — El knés ruso. — Los baños de sangre. — Mr. de Charolais. — Matrimonio de Mad. de Boufflers y de Mr. de Luxembourg. — Nobleza militar. — Muerte de Mauricio de Sajonia. — Creación de la escuela militar. — Nacimiento del duque de Borgoña. — Mad. de Pompadour. — Su hermano el marqués de Marigny. — El parque de los Ciervos.

Las disensiones entre los mejores amigos, entre maridos y mujeres, entre amantes y queridas, casi siempre previenen de la falta de dinero: el rompimiento entre los pueblos y los reyes rara vez es debido á otra causa.

Hablando del estado de la hacienda en tiempo del

regente, ya hemos dicho el estado de penuria en que se encontraba la Francia: después de las locuras que acabamos de referir, se empeoró de día en día, y los ministros, como los peones que llegan al fin de una mina ya agotada, conocieron que iban á faltar los filones. Esta especie de malestar, suele manifestarse comunmente por cambios de ministerio.

Los resultados marítimos de la última guerra habian demostrado claramente, á qué estado tan deplorable había llegado la marina que tanto floreciera en tiempo de Colbert, y que Mr. Fleury tenia abandonada. Mr. de Maurepas, que se había hecho responsable de aquella angustiosa situación, ó más bien á quien se atribuía una cuarteta contra la favorita (1), había dejado el ministerio de Marina para que entrase en él monsieur Rouille, mientras que, como ya hemos referido, el intrépido Orri, que sacaba escudo por escudo al cardenal Fleury, las doce mil libras, que daba á la reina para que pagase sus deudas piadosas, que ofrecía al principio de la guerra de Flandes ochenta millones para sostener el honor de la Francia que iba apurando sus recursos, abrumado además por la favorita se retiraba para dejar el puesto á Mr. Machaut de Arnouville.

Cuando se vió en el ministerio Mr. Machaut encontró los mismos obstáculos que Mr. Orri, y aun mucho mayores, porque cada vez se disminuían los recursos

(1) Mad. Pompadour se encontró en Choisy esta cuarteta debajo de su servilleta:

La marquesa tiene muchos atractivos:
Facciones animadas, gracia y ojos vivos,
Nacen flores debajo de sus plantas.
¡Mas, ay!... son flores blancas.

é iban en aumento la necesidades. Era preciso pagar la deuda del Estado, y cubrir el déficit, pero el pueblo estaba tan arruinado, que ninguno de los medios conocidos era capaz de restablecer el orden en la hacienda. Mr. Machaut se decidió, pues, á acudir al clero, á la nobleza y á las corporaciones municipales, cuya riqueza verdadera no se conocía con exactitud.

Aquellas corporaciones habian conservado el antiguo derecho de imponerse á si mismas las cuotas, y de no pagar al rey, con el título de donativo gratuito, más que una suma cuya repartición tenían también el privilegio de hacer como mejor les pareciese.

Desde el principio de la monarquía se hallaba establecido el principio, de que los reyes no son señores absolutos, y que especialmente en materia de dinero, la nación no le debe más que lo que quiera pagarles buenamente; sólo que en aquella época, la nación no estaba representada más que por la nobleza, el clero y los estados: de lo restante del pueblo no se hacía caso alguno, y sin embargo, sobre él pesaban todas las cargas.

Este gran principio ha sido después la base de la revolución.

En aquellas difíciles circunstancias, fué cuando Mr. Machaut expidió el famoso decreto del veinteno.

En circunstancias muy parecidas sucumbió el señor duque con su decreto de la cincuentena que le acarrió el destierro. Calonne debia hundirse después al proponer el mismo tributo, con el título de impuesto territorial.

Apenas recibió el parlamento el decreto, envió tres presidentes para hacer representaciones al rey. Éste, por toda respuesta dió orden al parlamento de regis-

trar el decreto al día siguiente. Cuando regresaron los presidentes, dieron cuenta de la resolución del rey, que exigía se le diese una respuesta decisiva antes de dos horas: el parlamento estaba ya cansado de luchar. Desterrado por Luis XIV y por el regente, no le importaba mucho el que le desterrase Luis XV: y así fué que acordó que el primer presidente volviese á ver al monarca, y le regase se compadeciese de su pueblo, y que si insistía procederían al cumplimiento, pero se lavarían las manos como Pilatos. El rey se negó, y el parlamento cedió. Complimentado el decreto, el rey pidió un empréstito de cincuenta millones.

Aquella era una buena ocasión para que el parlamento volviese á representar, aunque como acabamos de ver el rey no hacía mucho caso. Así es, que cuando se le presentó otra vez se contentó con decir: — Señores, me parece que habéis tardado mucho en obedecerme, y os prevengo que si lo dilatáis más, incurriréis en mi desagrado.

Sin embargo, más animosos entonces, los miembros del parlamento hicieron la observación, de que no sabian cómo conciliar aquel nuevo aumento de la deuda del Estado con el decreto del veinteno destinado á amortizarla. Mas el rey, rodeado de sus consejeros, contestó con tono de amo descontento: — Señores, ya he tenido demasiada bondad, y quiero ser obedecido al punto. Desconcertado el parlamento con aquella respuesta, pidió al rey que se dignase al menos fijar un término á la duración del impuesto.

Pero amostazándose cada vez más: — Señores, dijo el rey, estoy asombrado de que no se me obedezca todavía: mañana sin falta habréis ya prestado el cumplimiento á mi decreto: idos. Y el parlamento lo

ejecutó así: Ambos decretos disgustaban á todo el mundo.

El del veinteno descontentaba á la nobleza, el clero y los estados. El del empréstito de los cincuenta millones desagradaba al pueblo.

La nobleza, el clero y los estados, de Artois, de Borgoña, Bretaña y Languedoc, se quejaron altamente de que la corte, con el establecimiento de la vigésima parte de todos los bienes, propendía á abolir el derecho de los donativos gratuitos que concedían al príncipe: sometiéndose á aquel impuesto, no sólo se encontraban gravados con un nuevo tributo, sino que no apareciendo ya como un donativo, quedaban destruidas las formas de libertad y era un tributo militar que el rey hacía efectivo por medio de sus empleados, con perjuicio de la nobleza, del clero, y de los estados, que tenían el privilegio de cobrarlos por sí mismos: de este modo desaparecían completamente los restos de la antigua libertad de los franceses.

Esto dió lugar á la insurrección de todas las corporaciones del Estado contra el ministerio.

Los estados de Bretaña celebraron una reunión extraordinaria, presidiendo al clero el obispo de Rennes, y Mr. de Rohán á la nobleza.

Los comisarios del monarca comunicaron su real voluntad á la asamblea, la cual procedió á deliberar, y declaró que no se cobraría el veinteno en Bretaña.

Ya recordarán sin duda los lectores, que en Bretaña pasó una cosa igual ó parecida, durante la administración del regente. Á aquella deliberación siguieron otras tres separadas; la de la nobleza, del clero y de los estados, y en todas, á pesar de la prohibición impuesta por el rey á los diputados bajo pena de

desobediencia, se acordó que nadie presentase la declaración de sus bienes.

Los comisarios por su parte recibieron orden de no admitir ninguna suma por abono voluntario.

Comunicada la declaración del veinteno á los estados de Artois, contestaron en un principio que se sometían á ella en todo lo concerniente al socorro de que el rey tenía necesidad, pero pedían que se siguiese en la imposición de la antigua costumbre del país, lo cual les fué negado.

Entonces ofrecieron duplicar sus anteriores imposiciones, con condición de que la cobranza del impuesto conservase la misma forma. Pero la corte contestó que no era un aumento lo que se les pedía, sino las declaraciones de los bienes de cada particular, para adquirir por ellas un conocimiento exacto de la riqueza imponible, y hacer un repartimiento justo y equitativo en proporción á lo que cada uno poseyese.

En su consecuencia, la corte previno al intendente que exigiese aquellas declaraciones. Dieron algunas, aunque inexactas, y el gobierno aleccionado por la rebelión de la Bretaña, y temeroso de que cundiera por toda la Francia, declaró que estaba satisfecho con aquellas declaraciones, aunque en realidad fuesen insuficientes.

Las noticias de los estados de Languedoc fueron más alarmantes, porque el uso de aquella asamblea exigía que los comisarios manifestasen desde luego las instrucciones de que estaban encargados; y como con arreglo á ellas el rey no pedía ya el donativo gratuito acostumbrado, sino la capitación y el veinteno repartidos al Languedoc, como el impuesto ordinario en las provincias administradas por los intendentes, y por otra parte era también uso que los comisarios de

la corte fuesen á visitar á cada uno de los miembros de los estados para solicitar el donativo gratuito, y por último, como las nuevas instrucciones del rey abolían las prerrogativas, los usos y los derechos de la provincia, los estados se negaron al establecimiento del veinteno, y La Rochefoucault, presidente de la asamblea, declaró que los estados no sólo rechazaban el veinteno, sino que no podían conceder el donativo gratuito hasta que el rey no renunciase á sus pretensiones que se encontraban en oposición con los antiguos privilegios de los estados.

Aquello era ya más que una negativa, era un desafío. Mr. de Richelieu recibió el encargo de ir á decir á los estados del Languedoc, que lo primero era obedecer, y que en seguida escucharía sus representaciones: en caso de negativa, el rey mandó al mariscal que disolviese los estados. Opusiéronse éstos y fueron disueltos.

Aquel golpe de estado, peligroso en la apariencia, no lo era en realidad. Los estados del Languedoc no eran tan temibles como los de Bretaña, constituidos de manera que todos los nobles tenían el derecho de votar: ahora bien, la mayoría de aquella asamblea la componían muchos centenares de nobles, desconocidos á la corte, que en tiempos tranquilos, y deliberaciones ordinarias, se podían manejar muy bien, pero que cuando se trataba del peligro de la constitución bretona, que era la garantía de todos, se ligaban contra el despotismo real, y formaban reunidos un núcleo que ninguna fuerza podía romper, ni corrupción alguna dividir. Pero no sucedía lo mismo en el Languedoc.

En aquella provincia, por el contrario, los estados estaban representados por un corto número de obis-

pos, y por una veintena de barones hereditarios que era fácil al ministerio el someter ó corromper, como así sucedió: la corte los dividió, trató con ellos aisladamente, y no les permitió reunirse ya más, sino con condición de que pedirían perdón al rey de su desobediencia: por manera que el 3 de septiembre de 1787, la mayoría de los estados del Languedoc fué á Versalles, y manifestó al rey *que se arrepentían de haber tenido la desgracia de desagradarle*.

Mediante esta sumisión se les volvió á conceder el permiso de reunirse, pero los obispos y barones perdieron la prerrogativa que tanto apreciaban de recibir la visita de los comisarios de la corte, cuando se trataba del donativo gratuito.

Mas en cambio obtuvieron que la cobranza del veinteno corriese á cargo de sus dependientes.

Los estados de Bretaña persistieron en su resolución, negándose á hacer el repartimiento del veinteno, aun por una comisión mixta compuesta de delegados suyos y de la corona.

Exasperada la corte por aquella resistencia, condenó á destierro á los que más enérgicamente se habían opuesto á su voluntad.

He aquí los nombres de los nobles que fueron desterrados y el lugar de su destino.

El obispo de Rennes, su presidente, fué desterrado á Rennes, lo cual era un verdadero castigo para el que pasaba su vida en París.

Mr. de La Beneraye, á Angulema.

Mr. de Keratry, á Essigny.

Mr. de Kersauson, á Issoire.

Mr. de Pere, á Xaintes con su esposa.

Mr. de Saint-Peru de Lulé, á Nevers.

Mr. de Balazon, á Viteaux, en Borgoña.

Su sobrino, á Gerot.
 Mr. de Kerguésée, á Ganat, en Auvernia.
 Mr. de Langoulas, al castillo de Belle-Isle.
 Mr. de Lementier, al castillo de Taureau.
 Mr. de Vaniscourt, al monte de San Miguel.
 Mr. de Trousier, á Saumur.

Por último, los señores Desceaux, Quintin, Senechal y Bechard, fueron reducidos á prisión como culpables de una resistencia más expresiva.

Lo que hubo en esto de particular, fué, que el obispo de Rennes, desterrado por el rey, había al mismo tiempo caído en desgracia con los estados, lo cual, según entonces decían, le colocaba en el caso de Mr. de Langeais que había perdido simultáneamente dos pleitos; uno con su mujer que sostenía era impotente, y otro con su querida que le acusaba de ser el autor de su preñez.

Pero los mayores obstáculos que debía encontrar el rey, debía suscítárselos el clero: apenas se publicó el decreto, los obispos que se encontraban en París, se reunieron en casa del arzobispo, y eran mucho más temibles que la magistratura ó los estados, porque antes que sus intereses invocaban los de Dios, y porque si se atacaban sus privilegios, se ponía una mano sacrilega sobre los de la Iglesia: en aquel conciliábulo se acordó unirse secretamente con el delfin, con cuya adhesión podían contar aun cuando se tratase de una liga contra el rey su padre.

Desde la muerte del regente, los jesuitas, más envaletonados de lo que se hubiera creído en tiempo de aquel príncipe, habían vuelto á apoderarse de toda la autoridad eclesiástica, con el nombre de molinistas. Port-Royal no existía ya, y las ciencias eclesiásticas yacían en el mayor abandono: á los grandes predica-

dores ó ilustres sacerdotes del tiempo de Luis XIV, habían sucedido hombres de un valor más que secundario: Massillon, el último de los grandes oradores sagrados, había muerto en 1742.

Las cosas se encontraban en aquel estado cuando murió el arzobispo de París, y el partido eclesiástico hizo que se nombrase en lugar de Mr. de Bellefonds, arzobispo de Arles, á Mr. Cristóbal de Beaumont, arzobispo de Vienne.

Cuando éste llegó á París, á pesar de su desmedida ambición, quiso aparentar que había sido violentado; se postró á los pies del rey, y en vez de darle gracias por la merced que le había hecho, le suplicó le librase de una carga tan pesada como el arzobispado de París, en donde incesantemente se vería obligado á combatir una herejía tan peligrosa como lo era de los jansenistas. El monarca le levantó y le prometió ayudarle con su protección: esto era precisamente lo que querían los jesuitas, que conocían muy bien lo importante que les era, el que estuviesen sostenidos por la autoridad real, para contrarrestar el odio del pueblo.

Beaumont no desmintió sus palabras; era, ó por lo menos quería parecer rígido en medio de aquella corte, á la que se podía censurar su extremada tolerancia; por manera, que lejos de usar del privilegio que le daba su título de duque de Saint-Cloud y de par de Francia, y que consistía en besar en las mejillas á las hijas del rey cuando las fuese presentado, viendo que las jóvenes princesas estaban prevenidas para cumplir con el ceremonial, y que ponían sus frescas y sonrosadas mejillas junto á sus pastorales labios, retrocedió por dos veces, rehusando con afectación el honor á que tenía derecho, y que con tanta gracia le ofrecían.

Galante y astuto en los primeros años de sus estudios; cortesano, afable y pacífico mientras permaneció en Bayona y Viena, se volvió de repente duro é inflexible en París, esforzándose en persuadir á la Francia, que su inquietud era una caridad activa, y su desmesurada ambición un celo ardiente por la unidad de la fe: apenas tomó posesión del arzobispado, se constituyó inquisidor general de Francia, extendiendo su policía eclesiástica hasta las casas de prostitución, atrayendo á su tribunal todos los negocios, mezclándose en todas las intrigas, y poniendo en juego todos los resortes de su imaginación para proteger á sus prosélitos y causar vejaciones á sus enemigos: sin mérito real, se había abierto un camino para llegar hasta las primeras dignidades de la Iglesia: sin capacidad alguna gozaba de una influencia inmensa, y sin el menor talento, había encontrado el medio de hacerse necesario y temible. Sin embargo, á estos defectos, reunía Mr. de Beaumont excelentes cualidades.

Mientras que el alto clero de Francia compitiendo en fausto con los grandes señores, contraía deudas que no pagaba mejor que ellos, Mr. Beaumont, por el contrario, daba ejemplo de decencia, orden y regularidad; apenas gástaba la tercera parte de sus rentas, y el resto lo distribuía entre los pobres, que sin embargo no le querían: sus limosnas no se detenían en las fronteras de Francia, é iban á buscar más allá del mar á los pobres irlandeses, hasta en aquella verde Erim de los poetas, tan desolada y arruinada en el día: mas por otra parte era tenaz en sostener los privilegios y las razas privilegiadas, y altanero hasta la insolencia con la antigüedad de su nobleza, gastó cien mil escudos en probar con una genealogía en dos volúmenes en folio, que era de nacimiento distin-

guido y que descendía de una antigua casa: así es, que como miraba los bienes eclesiásticos y el diezmo como un medio de mantener á la religión en toda su fuerza y esplendor, en cuanto apareció el decreto del veinteno, llamó á su palacio los quince ó diez y seis obispos que se hallaban en París, para convenir en el partido que debía tomarse: el interés de uno era el de todos, y resolvieron unánimemente, que el clero de Francia se valiese de todos los medios que estuviesen á su alcance, para conservar la prerrogativa de ofrecer donativos al rey, pero sin dejarse imponer jamás á la fuerza ningún tributo.

Adoptada esta determinación en el arzobispado de París, bajo la presidencia de Mr. Cristóbal de Beaumont, fué remitida á todos los obispos del reino, que sin disentir ni uno solo, contestaron á Mr. de Machaut con la negativa, cuyo modelo les había enviado Mr. de Beaumont.

El rey se sentía débil, y todo iba desorganizándose en derredor suyo: en vez de aquellos grandes hombres, cuya fe y elocuencia se comparaban frecuentemente con las de los padres de la Iglesia, y que se llamaban Fenelón, Bossuet, Flechier, Massillon, Polignac, Huet, Fleury, Godeau, Mabillon, Calmêt y Noailles, se encontraba con un clero que nada valía, como no fuesen las clases inferiores. Aquel clero, era Beauvilliers, que había compuesto obras muy buenas sobre la Sagrada Escritura, pero que perseguido por los jesuitas, se había visto obligado á huir: el abate Pucelle, hombre elocuente, que tal vez hubiera honrado á la Iglesia, si no le hubiesen confinado por su oposición en los escaños parlamentarios; Nollet, á quien el crédito de Boyer excluía de toda recompensa; el abate de Bernis, que por sus poesías un

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Año. 1975 MONTERREY, MEXICO

poco libres, era mirado como poco digno de las gracias eclesiásticas; el abate Vely, que no tenía que comer; el abate Vertot, que asalariado por su librero no tenía tiempo para nada; el abate de Saint-Pierre, excluido largo tiempo hacia de la academia y del obispado, á pesar de su elevado nacimiento; y por último, el abate Mably, pariente de Mr. Tencin, apoyado en un principio por éste, pero que se separó luego de su protector, porque le miraba con desprecio.

Por otra parte, los hombres eminentes y los grandes escritores, lejos de imitar á los del hermoso siglo que prestaban su apoyo á Luis XIV, y á la monarquía de que era representante, favorecían por lo general muy poco los intereses y las máximas de la corte: Voltaire ponía en ridículo al trono y á la religión; Montesquieu soñaba con sustituir á las ideas antiguas, con un nuevo principio legislativo; Rousseau importaba á Francia el espíritu republicano de Ginebra, y Buffón trataba de colocar la ciencia de la naturaleza sobre todas las demás. En fin, ni un solo talento distinguido de aquel tiempo, dejaba de acudir al llamamiento filosófico que le habia hecho fatalmente el genio de las libertades populares, que semejante al gigante de las Mil y una noches, encerrado en el vaso, solo aguardaba al imprudente pecador que debia devolverle la libertad haciendo pedazos el sello de Salomón.

De aquí resultaba, que el rey, en la lucha que sostenía para hacer efectivo el veinteno, tenía en contra suya á la nobleza, al clero y á la inteligencia. En el empréstito de los cincuenta millones tenía contra sí al pueblo. Mostremos ahora hasta qué punto llevaba este su oposición, que dependía de tres causas.

La negativa de sacramentos, el decreto del rey sobre

la mendicidad y la vagancia, y el rumor que en divulgó, de que el monarca para reponerse de sus excesos amorosos tomaba baños de sangre.

Mr. de Beaumont, para complicar la situación de la corte, habia concebido la idea de arrojar una cuestión religiosa en medio de todas aquellas cuestiones pecuniarias y civiles.

Habia llegado á descubrir, que el antiguo jefe de los jansenistas, el famoso cardenal de Noailles, exigía en otro tiempo certificaciones de confesión, para que los sacerdotes pudieran administrar á los moribundos el Viático y la Extremaunción. Beaumont tenía, pues, un antecedente en que apoyar su conducta, y el arzobispo molinista se apresuró á exigir las mismas certificaciones que habia exigido un cardenal jansenista: esto no podia vituperárselo nadie.

Además, la corte, con la cual estaba en pugna políticamente, no podia abandonarle en aquella lucha religiosa, porque en ese caso abandonaba el partido de la Iglesia.

Como, por otra parte, el rey queria permanecer neutral en aquella contienda, Mr. de Beaumont estaba bien seguro del apoyo del delfin.

El arzobispo, como suele decirse, atacó al toro por las astas.

Su primera negativa de administración de sacramentos por falta de certificado de confesión, fué á un consejero del Chatelet.

El que negaba los sacramentos y se hacia el pro-hombre del arzobispo en aquella ocasión, era un canónigo reglar de Santa Genova, llamado Bonetin.

Ni las intimaciones legales, ni las súplicas de los parientes pudieron obtener nada de él. El parlamento le mandó comparecer, pero Bonetin, que se hallaba

á cubierto de todo procedimiento, se obstinó en manifestar á los magistrados la causa de su negativa, exponiendo, que no debia dar explicaciones acerca de aquel particular, más que al arzobispo. El parlamento dió auto de prisión contra el canónigo, é intimó á Mr. de Beaumont que mandase administrar, no sólo al consejero del Chatelet, que se agravaba cada vez más y estaba expuesto á morir sin sacramentos, sino también á todos los demás jansenistas que se encontrasen en igual situación.

El prelado contestó, que estaba pronto á administrar á todos los consejeros y jansenistas del mundo, siempre que presentasen sus cédulas de confesión.

Entretanto se morian los enfermos, y la Iglesia, después de negar los sacramentos negaba la sepultura.

El parlamento volvió á decretar la prisión de Bonetin, y mandó notificar otra vez al arzobispo, que hiciese administrar los sacramentos. Estaba ya declarada la guerra.

El rey procuró continuar apoyándose en los dos partidos. Aprobó la demanda del parlamento al arzobispo, pero censuró el auto de prisión dictado contra el cura.

Durante aquel tiempo, viendo el consejero del Chatelet que se le acercaba la muerte, se decidió á confesarse con el cura de San Pablo: quien le dió una cédula de confesión. Entonces el vicario accedió á que se le administrasen los sacramentos, pero se hizo tan malamente, según las memorias que hemos tenido á la vista para extractar estos pormenores, que el moribundo no pudo conseguir ni aun una exhortación.

Mas para el que no seguia el ejemplo del desgraciado consejero del Chatelet, no habia ni sacramentos ni sepultura en tierra sagrada.

La negativa de los sacramentos se extendió á las provincias y las aldeas: los arzobispos de Sens y de Tours, y los obispos de Amiens, de Orleáns, Langres y Troyes, se distinguieron por su obstinación.

El pueblo se quejaba en voz alta de un gobierno, con el que ni podia ganarse la subsistencia, obtener justicia, ni contar con un sepulcro.

Los filósofos, por su parte, se reian y escribian canciones en impios versos á Mr. de Beaumont. He aqui el contenido de algunos:

« ¡ Cuán necio sois, Mr. de Beaumont!... Creedme, dejad pacer á vuestras ovejas por donde quieran. Esas pobres gentes son poco delicadas, y con unos sequillos blancos las contentaréis fácilmente. Semejante comida cuesta bien poco, y sin embargo, pone muy gordos á los prelados, curas y frailucos. Todos la apetecen porque está á buen precio, pero si la encarecéis, nadie la comprará. Sois un pobre necio, Mr. de Beaumont, dejad pacer á vuestras ovejas cuanto quieran. »

De aqui resultaba que ó el pueblo tomaba con seriedad la negativa de los sacramentos, ó se reía de ella.

Si la tomaba por lo serio, la monarquía era la que sentia el sacudimiento, y si se reía, la religión sufría menoscabo.

En aquellas circunstancias, fué cuando Mr. Berryer, nuevo prefecto de policia, publicó su reglamento, que suscitó en París turbulencias mucho más graves. Monsieur Berryer era en todos conceptos el hombre de Mad. de Pompadour.

Colocado por ella al frente de la policia, estaba enteramente á su devoción: él era quien dirigia sus escandalosos informes sobre los conventos, los salo-

nes, y las monjas, que tanto divertían á Luis XV. Mr. Berryer había redactado algunas disposiciones muy buenas, pero su carácter inflexible y sus maneras brutales le hacían odioso al pueblo.

Aquellos reglamentos, de los cuales el primero tenía la fecha del 8 de junio de 1747, renovaban las prohibiciones de introducción, impresión y venta de libros contrarios á la religión y buenas costumbres.

Otro del 9 de mayo de 1749 era relativo á las nodrizas forasteras que iban á buscar cría á París.

Otro del 8 de noviembre de 1750 era concerniente á la limpieza de las calles.

Otro de 16 de enero de 1751 trataba de los saltimbanquis. Y por último, otro de 6 de enero de 1755 sobre el modo de llevar los caballos por las calles de París. Entre todas aquellas disposiciones, había una extraordinariamente severa contra los vagos y mendigos.

Ya hemos dicho que la negativa de los sacramentos había producido una sensación muy fuerte, y sin embargo aquella negativa no alcanzaba precisamente al pueblo. Este no tomaba parte en aquellas disputas de jansenistas y molinistas, cuestiones, que fundándose casi siempre en palabras, le hacían conocer que sólo había en el fondo de ellas una profanación de las cosas sagradas, y que cuando un moribundo pedía los sacramentos, era un sacrilegio el negárselos. Siempre que salía el Viático se agrupaba la gente al rededor, y esto solía producir algunos escándalos.

Pero el pueblo iba á ser atacado directamente.

Aquel bando contra los mendigos y vagos era extremadamente rigoroso: se los aprehendía en dondequiera que se los encontraba, y, como en Inglaterra, se los destinaba á ser marineros ó colonos. La regen-

cia fué quien dió el ejemplo de aquella especie se leva, cuando se trató de poblar el Canadá y la Luisiana, en la época del sistema de Law.

Como se comprende muy bien, no siempre presidía la justicia á aquella clase de raptos: por ejemplo, una Mad. Conian hizo que se llevasen á su marido para tener más libertad con su amante: aquella aventura hizo mucho ruido, más tomándola por la parte ridícula, divirtió mucho á Luis XV y á toda la corte: pero llegó el caso de otra ocurrencia más grave y hubo que mirarla con más seriedad.

En el mes de mayo de 1750, un agente de policía, con objeto de sacar dinero á una mujer, se llevó á su hijo: desesperada al creer perdido ya á su hijo, prorrumpió en gritos y sollozos que se oían en todo el cuartel de San Antonio. Al oír sus lamentos se forman algunos grupos: las mujeres toman partido por la desconsolada madre, y se divulga el rumor de que en otros cuarteles habían sido arrebatados varios jóvenes que no habían vuelto á parecer. De repente, entre el tumulto, el ruido y los gritos, se dejó oír una voz que decía: que los médicos habían mandado al rey baños de sangre para restablecer su salud debilitada por la disolución.

Semejantes acusaciones no necesitan profundizarse para producir efecto: en el mismo instante, y á cien pasos de distancia del sitio en que pasaba aquella conversación, un jefe de la policía quiso llevarse á un muchacho que pedía limosna, grita éste y la madre pide socorro: no es para llevarle á una casa de beneficencia para lo que quieren arrebatársela su hijo, es para degollarle y para hacer alguna cosa horrorosa como los festines de las Pelópidas. El pueblo toma la defensa de la madre, el empleado de la policía es

degollado, y la multitud exasperada y amenazadora sale de los arrabales, y se dirige en masa á la casa de Mr. Berryer pidiendo justicia al parlamento contra los agentes de policia, que habian arrebatado á unos jóvenes para vender su sangre á los criados del rey.

Mr. Berryer, avisado á tiempo, se fugó por el jardin. El pueblo queria escalar las tapias y hacerlo todo pedazos en la casa, cuando se abrieron las puertas, según unos, por un oficial de policia, y según otros, por mano de la misma Mad. Berryer. En cuanto todo estuvo expedito, el pueblo titubeó en emprender nada. Unos dijeron que si abrian las puertas de aquel modo era para hacer caer en el lazo á los que entrasen: otros aseguraron como cosa cierta que el edificio de la policia estaba minado: aquellos rumores tenian cierta apariencia de fundamento, y todo el mundo retrocedió.

No tardaron mucho en llegar los guardias franceses y suizos con el arma al brazo, y los mosqueteros negros con sable en mano, el pueblo emprendió la fuga y se retiró á los arrabales, pero le siguió á ellos la venganza.

Muchos de los que se habian visto entre los amotinados fueron presos y ahorcados, y un gran número conducidos á las cárceles; pero como en realidad habian ocurrido raptos, el parlamento, que no estaba bien avenido con el rey, quiso saber qué habia pasado, y por un decreto del 25 de mayo de 1750 mandó:

« Que se formasen diligencias en averiguación de los autores de las voces alarmantes que habian dado margen á la conmoción popular, y también contra los que se habian llevado los jóvenes, en el caso de que se descubriesen. »

Pero aquel motin, que duró tres dias, asustó mucho

al rey, quien manifestó sus temores, reorganizando completamente la ronda, que hasta entonces sólo se componia de vecinos honrados y de artesanos, sin uniforme ni distintivo alguno, y obraba en virtud de una antigua ley feudal, porque los vecinos debian dar la guardia y la ronda. Un reglamento del consejo creó diez compañías de infanteria, y otras dos de caballeria, pagadas y uniformadas por la ciudad. Las doce compañías de ronda, mandadas por un capitán, elegido entre los brigadieres ó tenientes generales, estaban encargadas de velar por la tranquilidad de la ciudad, y mantener en ella la obediencia al monarca.

Además, Mr. d'Argensón hizo que Mr. de Lowendall formase un plano de fortificaciones y cuarteles al rededor de Paris. Debia volverse á armar la Bastilla, aumentarse su guarnición hasta ochocientos hombres, y los fuegos de los cañones que estaban colocados en dos direcciones opuestas, debian cruzarse con los de Vincennes sobre el arrabal de San Antonio, y dominar el arrabal de San Marcelo.

Mas como por el lado opuesto de Paris, es decir, por la parte de la puerta de San Honorato, no habia nada que pudiese contener al enemigo, se adoptó un sistema de acuartelamientos, que sirviese simultáneamente de fortaleza y de resguardo.

Construyéronse en su consecuencia tres cuarteles. El primero estaba situado detrás de la escuela militar, en el camino de Sevres y de Vaugirard, y se destinó para la guardia francesa.

El segundo en Rueil, entre el camino de Versalles y de San Germán, estaba destinado á la guardia suiza.

Y por último, el tercero construido en Courbevoie, y señalado al segundo regimiento de la guardia, tenia por objeto dominar el Sena por más abajo de Neuilly,

y contener cualquier movimiento que pudiera intentarse contra Versalles.

En 1750 se preveía ya á 1792.

Además, desde aquel día, el rey renunció á toda especie de comunicación con la capital á que tanto había amado, y de la que había sido correspondido con igual afecto: rompió abiertamente con París que cinco años antes le había recibido en triunfo, esparciendo por toda la carrera flores y perfumes: con París, en otro tiempo el pueblo de los regocijos, de los placeres y de las fiestas, convertido entonces en población de amenazas y de insultos.

Y para hacer comprender de un modo indudable á la capital, que ya no había nada de común entre ella y él, y que no la atravesaría aun para ir á sus palacios de Compiègne ó de Fontainebleau, hizo que se trazase la espaciosa calle que une al bosque de Boloña con San Dionisio, y que todavía se llama *Camino de la Rebelión*.

En este mismo camino (lo cual no deja de ser extraño) fué asesinado el 13 de julio de 1742 el duque de Orleans, único obstáculo real entre los restos de esta monarquía cuya historia escribimos, y el advenimiento de la república, mucho más preparada por la mano de Dios que por la de los hombres.

En toda aquella horrible historia de jóvenes arrebatados y en la terrible acusación de los baños de sangre, no había de real ni positivo más que una nota de la policía citada únicamente por Peuchet, y que citaremos también nosotros, como una explicación posible, pero poco probable, cuya responsabilidad le dejamos. Hacia el año de 1749 llegó á París un knés tártaro. Ocioso me parece decir á mis lectores, que los knés son unos verdaderos príncipes rusos, los

príncipes del territorio, si me es licito expresarme así: era un hombre de edad de treinta á treinta y cinco años, verdadero coloso, hijo de aquellos titanes, que cuando la rebelión de Júpiter, trataron de escalar el cielo: era prodigiosamente rico, y le seguía una de esas servidumbres asiáticas, de que en Europa no tenemos ninguna idea: se componía de más de cien criados. Era hermosa su figura, magnífico en su traje, y brutal en sus modales: por todas estas razones no tardó mucho en adquirir celebridad en París. Y decimos en París, porque hallándose en desgracia de su emperador Iván VI había manifestado que no quería presentarse en Versalles; pero se proponía indemnizarse de aquella privación alternando en la capital con la sociedad buena y mala. El tártaro tuvo la felicidad de llegar á París en unos momentos en que nada era de moda; aprovechóse de la ocasión, y durante seis meses (cosa inaudita), no se habló en los salones y en todas partes, más que del hermoso y opulento tártaro.

Al cabo de ocho ó diez meses de permanencia en la capital y de inmoderados placeres, circuló de repente la noticia de que el príncipe tártaro acababa de tener el honor de recobrar una enfermedad perdida, y que se asemejaba mucho á la lepra: consultados los médicos, dijeron que aquel caso era un verdadero y feliz descubrimiento para la ciencia que dudaba existiese aquella enfermedad en tal grado de intensidad, pero que era muy deplorable para el príncipe, que estaba perdido sin remedio: sus amigos se desesperaban, ó por lo menos, lo aparentaban así; mas cuando creían separarse de él para siempre, se despidió de ellos riéndose, y les manifestó que aquella enfermedad no era más que una erupción cutánea inofensiva, cuyo

remedio conocia perfectamente, y que les daba palabra de volverles á ver dentro de seis meses completamente curado. Hecha aquella promesa partió.

Los médicos no habían querido contradecirle con respecto á su regreso, mas apenas había emprendido la marcha declararon que París podia vestir luto por el príncipe ruso, pues que nunca le volvería á ver.

Trascurrió un año, tiempo más que suficiente para olvidar á diez príncipes rusos, y ya nadie se acordaba ni aun remotamente de él, cuando de improviso se dijo en París y en Versalles que el príncipe tártaro había vuelto perfectamente curado de la enfermedad que los médicos habían declarado mortal. La facultad de medicina puso el grito en el cielo, y aun estaba decidida á negar que aquel personaje fuese el mismo, pero cuantos le habían tratado le reconocieron, y hombres y mujeres (estas últimas especialmente) afirmaron su identidad.

No se podía menos de ceder á la evidencia, pero se convino en que sólo un tratamiento secreto y desconocido en Europa, había podido producir aquel milagro.

Empero ¿cuál era aquel método curativo que devolvía la vida, la juventud y la hermosura?... Porque el príncipe no sólo había regresado con la vida que iba á perder, sino también con la juventud y la belleza que ya había perdido.

Fácil es comprender cuántas instancias se hacían al príncipe para que revelase aquel secreto, pero ninguna fueron tan vivas como las del conde de Charolais, que padeciendo continuamente herpes, estaba amenazado de una cosa igual á la que había pasado con el príncipe, antes que saliese de París para seguir el misterioso tratamiento á que debía la salud.

De tal modo insistió el conde de Charolais, que el príncipe, que había contraído con él una amistad muy íntima, sin querer manifestarle el método que había seguido, le propuso escribir á Moscou, llamando al médico mogolés que le había librado de su dolencia: aceptó el conde, y autorizó al príncipe para que fijase las condiciones que gustase, y se entendiese con el sabio Aben-Hakil.

Pasáronse dos meses esperando, y al cabo de ellos se presentó el príncipe en casa del conde de Charolais, con un hombre de barba blanca, que parecia tener más de cien años: á pesar de aquella edad y de su paso vacilante, conservaba unos ojos muy vivos, y se notaba en su semblante cierta expresión satánica.

No era muy difícil conocer que aquel sabio del Mogol pertenecía á la secta de esos hombres que buscan la piedra filosofal, que no retroceden ante ningún obstáculo para encontrarla, y que lo han sacrificado todo á aquel sueño de la alquimia, aun la vida de sus semejantes.

He aquí el tratamiento que prescribió aquel médico.

Mr. de Charolais debía durante dos meses interrumpir toda especie de relaciones con sus queridas, no comer más que pescados, legumbres y pastas ligeras, ni beber más agua que de cebada y de limón, y tener una habitación construída de modo, que ninguna persona de la casa estuviese en un piso superior al suyo ni tampoco al nivel. La habitación debía tener tres puertas y tres ventanas, una al Norte, otra al Oriente y la última al Occidente: no debía entrar en aquella pieza más que para acostarse, haciéndolo siempre con el pie izquierdo, ni salir de ella sino con el pie derecho, y no comer ni beber allí, ni satisfacer

tampoco ninguna de las necesidades de la vida.

Todos los días al tiempo de levantarse y antes de acostarse, le estaba prevenido que recitase mentalmente y sin que la acompañase ningún movimiento de los labios, una oración en lengua india, pero escrita con caracteres franceses: y por último, todos los días, antes de su segunda comida, debía tomar un baño compuesto de hierbas aromáticas, cogidas en ciertos instantes, en ciertos lugares, y con ciertas condiciones de que jamás tuvo entero conocimiento.

Esta era la parte cabalística del tratamiento: veamos ahora la parte material.

Todos los viernes, el médico sacaba al enfermo ocho onzas de sangre, y después por medio de un instrumento, en vez de las ocho onzas de sangre corrompida, le inyectaba en la vena abierta, igual cantidad de sangre humana: aquella sangre debía extraerse del cuerpo de un niño que no hubiese llegado á la edad de la pubertad, y al cual se le sometía á prácticas misteriosas que permanecieron desconocidas al conde: en fin, el último viernes del mes, el doctor disponía un baño compuesto de tres cuartas partes de sangre de toro, y la restante de sangre humana. Todo esto debía repetirse cuatro veces, por manera que formase el equivalente de un baño completo de sangre humana.

Al concluirse aquel tratamiento que duraría dos meses, debía encontrarse sano el conde de Charolais.

Inútil nos parece decir, que durante aquellos dos meses fué cuando tuvieron efecto las desapariciones de niños de que hemos hablado y que produjeron el motín que queda referido.

Si hubiésemos de creer al cronista de que hemos tomado estos pormenores, acusado Luis XV de aquel crimen, de que ya lo había sido Luis XI, se habría

visto obligado á mandar que la policía indigase el origen de aquellos rumores, y ésta no hubiera podido prescindir de denunciar al monarca el verdadero culpable, que lo sería en un caso un príncipe de su familia.

Aun cuando el conde de Charolais fuese un hombre á quien no era fácil calumniar, nosotros que nunca hemos acusado á nadie sin pruebas y que miramos esta acusación como histórica, confesamos que la copia de la carta que se cita y en la que el conde refiere el suceso y pide perdón del crimen de que se le acusa y no niega, nos ha parecido de un estilo tan poco noble, que lejos de producirnos una convicción, nos la hubiera quitado aunque realmente la hubiésemos tenido.

Pero falsa ó verdadera, la copia de aquella carta encontrada en los archivos de la policía, no deja de ser una cosa muy notable: si es verdadera, demuestra hasta qué punto pueden llevar la perversidad los que están seguros de la impunidad: si es falsa, prueba á qué altura había llegado ya en 1750 el odio popular contra los príncipes y los reyes, inundación parcial que se convirtió en general en 1793.

Como los grandes acontecimientos que acabamos de referir abrazan los años 1750, 51, 52, 53, 54, 55 y 56, les agregaremos algunos detalles particulares que completarán la historia de aquellos años, durante los cuales sobrevino también la guerra del Canadá, á la cual dedicaremos un capítulo aparte.

Uno de esos pormenores particulares y que más distrae el ánimo por su originalidad, fué el matrimonio improvisado de la duquesa de Boufflers con el duque de Luxembourg.

El 18 de julio, se hallaba Luis XV en Bellevue en

casa de Mad. de Pompadour, cuando el duque de Luxembourg se presentó rogándole se sirviese honrar con su firma el contrato que había mandado extender, y que contenía las cláusulas de su matrimonio con la duquesa de Boufflers.

Esta señora, viuda hacía tres años, apareció por primera vez en la corte en 1754, y era dama de palacio al tiempo que Luis XV abandonaba á la reina: amable, seductora y llena de gracias, ocupó bien pronto un lugar distinguido en la licenciosa sociedad de Choisy.

Mr. de Tressan aumentó su notable celebridad con una canción que comenzaba así:

Boufflers pareció en la corte
Cual la madre del amor;
Cada uno quiso agrada-la
Y al cabo lo consiguió.

Mad. de Boufflers cantaba aquella canción como cualquiera otra, sólo que al llegar al último verso, decía que había olvidado lo demás.

He aquí cómo se había arreglado aquel enlace que debía efectuarse la mañana siguiente.

Algunos días antes, Mad. de Boufflers cansada de la vida de viuda que nadie debía notar menos que ella, fué á buscar á Mr. de Luxembourg, que era su amante antiguo.

— Señor mariscal, dijo al entrar, esta noche me ha ocurrido una idea.

— ¿Y cuál es, señora marquesa?

— Que no perderiais nada en casaros conmigo.

— ¿Para qué? En la situación en que nos encontramos me parece que estamos casados ó poco menos.

— Es verdad, pero no es por eso, sino porque deseo llamarme la señora mariscal; el título me agrada, y si vos me lo concedéis yo os daré otro y os haré capitán de guardias.

— ¡Pardiez!... ¿por qué no lo habéis dicho desde luego, querida duquesa? ¿Cuándo queréis que se formalice el contrato?

— Esta noche vendré con mi escribano.

— Pues hasta la noche.

— Hasta luego.

Este contrato era el que Mr. de Luxembourg suplicaba que firmase Luis XV, y que firmó en efecto.

Ocho días después, Mr. de Luxembourg recibió el nombramiento de capitán de guardias, que había quedado vacante por muerte del mariscal de Harcourt.

El 1º de noviembre siguiente, el rey concedió la nobleza no sólo á los que llegasen á obtener el empleo de oficiales generales de sus ejércitos, sino aun á los que sirviesen en clase de capitán, y cuyo padre y abuelo hubiesen servido igual empleo *Patre et avo militibus*.

Aquella concesión era una recompensa gloriosa, para contrabalancear el derecho que tenía cualquier plebeyo de comprar la nobleza á peso de oro.

El 10 de diciembre murió en Chambord el mariscal de Sajonia: había introducido en el ejército una teoría nuevo, basada en el carácter guerrero de la nación francesa y consistía en confiar casi siempre á la infantería el buen éxito de las batallas. « En manos de los franceses, decía, el fusil no es más que el mango de la bayoneta. »

Como por razón de la religión que profesaba el mariscal de Sajonia, el rey no podía concederle los mismos honores fúnebres que á Mr. de Turenna, mandó

que fuese sepultado en Estrasburgo, y que los gastos de transporte, entierro y mausoleo fuesen satisfechos por el tesoro real.

Pigalo recibió el encargo de ejecutar el monumento del vencedor de Fontenoy de Raucoux. El mariscal de Sajonia murió á la edad de cincuenta y cuatro años.

El 22 de enero de 1751, el rey fundó la escuela militar, en la cual debían tener habitación, alimento y educación gratuita quinientos nobles franceses, siendo preferibles aquellos cuyos padres hubiesen muerto en el servicio del rey, ó se encontrasen en el ejército: aquella idea era el complemento de la de los Inválidos, sólo que Luis XIV había comenzado por el fin.

Es 12 de septiembre, Mad. la delfina dió á luz al duque de Borgoña.

Con motivo de este nacimiento, el rey perdonó cuatro millones de los tributos, y el ayuntamiento de Paris dotó á seiscientas jóvenes.

Mad. Pompadour siguió aquel ejemplo, y casó de un golpe todas las muchachas de sus tierras que tenían edad para ello, lo cual produjo un total de más de setecientos matrimonios. Mr. Montmartel, tesorero real, dió también dotes á otras trescientas.

Otro tanto hicieron por su parte las corporaciones de las provincias, como asimismo las personas que querían agradar al rey y á Mad. de Pompadour, por manera que dos mil matrimonios fueron el fruto del feliz alumbramiento de la delfina. El presidente de Levy, autor del *Diario histórico de Luis XVI*, calculó que aquellos dos mil matrimonios aumentaron en catorce años la población del Estado con quince mil individuos.

Fácilmente comprenderán nuestros lectores que no faltarian canciones con motivo de aquellos enlaces,

dotados por la corporación municipal con 600 libras cada uno.

Como tenemos de costumbre citaremos algunos trozos de aquellas composiciones, limitándonos á presentar el fondo de su idea y su lenguaje, y por ellos se verá que no ha sido Beranger quien inventó el estribillo de vivan los pobres:

» Doscientos escudos son el dote de esos pimpollos comprendiendo en ellos los vestidos y violines, sin empanadas de Perigueux: ¡Vivan los pobres!

» ¡Cuán hermoso será el ver en un mismo día á tantos afortunados amantes hacer al amor un sacrificio grato á su corazón?... ¡Vivan los pobres!...

El 4 de febrero de 1752, el duque de Orleans murió en Santa Genoveva adonde se había retirado ya hacia algunos años, después de quemar los mejores cuadros de su galería, porque representaban figuras desnudas.

El 29 de junio murió en Roma el famoso cardenal Alberoni. Era el mismo personaje que ya hemos dado á conocer al hablar de la conspiración de Cellamare, y que puso en conflagración la Europa, para hacer á la España la potencia que llegó á ser después: en efecto, al tiempo de su fallecimiento, la España poseía el reino de las Dos Sicilias que había invadido y los ducados de Parma y Plasencia que reclamaba.

El 28 de febrero de 1753, murió también Mad. de Maine.

El 25 de agosto de 1754, la señora delfina dió á luz un príncipe que recibió el título de duque de Berry, y que más tarde debía ser el rey Luis XVI.

La muerte de Montesquieu, de Mr. de Lovendahl y del príncipe de Dombes, son los acontecimientos más importantes del resto del año 1755. La guerra del

Canadá ocupó exclusivamente la atención pública el año 1756, en el cual se introdujo y esparció por Francia la inoculación, protegida por el duque de Orleans.

Durante aquellos seis años se aumentó cada vez más el valimiento de Mad. de Pompadour. La favorita reunía grandes cualidades á su insaciable avaricia de dinero y de propiedades. Poseía los sentimientos generosos y el gusto artístico que faltaban al rey. Cuando éste cedía cobardemente á la Inglaterra prometiéndola el destierro del Pretendiente, y cuando obedeciendo la orden del gabinete de Londres hizo prender en medio de la calle al principe Carlos Eduardo y conducirle á la frontera á donde llegó enseñando en sus muñecas las señales de las cuerdas con que se le había atado, se opuso con todo su poder á aquella prisión y destierro. Expuso su crédito y su fortuna en una lucha en que no escaseó las verdades á su regio amante : y por último, cuando se consumó la obra, sólo ella entre toda la corte, pronunció en alta voz esta palabra que la Europa repitió en voz baja :

— Señor, eso es una infamia.

El infortunio y las artes tenían en ella un poderoso apoyo. Por ella entró Voltaire en la corte, y obtuvo una plaza de gentilhombre, que vendió en 600,000 libras, y por ella continuó en su empleo, á pesar de sus bravatas y sus familiaridades. De cuando en cuando se veía obligado á huir y ocultarse, unas veces en casa de Mad. Duchatelet y otras en la de Mad. de Maine, mas al llegar la primavera, al aparecer en los labios del monarca una sonrisa que se deslizaba como uno de los rayos del sol, llamaba al fugitivo que volvía con la mayor timidez, hacia algunos versos

ensalzando al rey, á quien aborrecía, y á la favorita, á quien despreciaba, y cuando como *Semiramis* sucumbe, se salva en Prusia huyendo de *Catilina*, que triunfa, y siempre ávida de nombradía se le muestra á d'Alembert y le hace decir :

— Ved á ese hombre, tiene un millón de gloria, y todavía quiere un cuarto de ella.

El arte era un gran recurso para conservar su poder sobre Luis XV, que cada vez se iba disgustando más.

Luis XV se hallaba atacado de la única enfermedad que no tiene remedio, del desengaño. Ved el retrato de cuerpo entero de Luis XV, hecho por Vanloo : se aproxima á la época á que hemos llegado : el rey conserva todavía un resto de juventud que va desapareciendo, mas aproximándose á los dos tercios de la edad madura, comienza á percibir la vejez que le aguarda. Todavía se descubre su frente si no espaciosa, al menos noble y erguida : sus ojos azules aun conservan su limpieza y claridad bajo sus negros párpados, y sus arqueadas cejas no pueden mejorarse : en su nariz se reconoce desde luego la familia de los Borbones : su boca pequeña y sus delgados labios, son los de los individuos de la casa de Saboya. Pues bien, preguntad á aquella frente, á aquella boca y á aquellos ojos : buscad en los esfuerzos del pintor la expresión que ha querido encubrir, y encontraréis el cansancio de todo. No le falta á aquel retrato más que una copa vacía para ser el emblema del desengaño.

Es necesario distraer á este rey á toda costa. Para él, más que para Mad. de Pompadour, se ha construido á Bellevue como un palacio fantástico. Formadme los jardines de la Alcina, del Ariosto, dijo

Mad. de Pompadour á Boucher, y éste puso manos á la obra. Mad. de Pompadour suministró el oro, el mármol y el pórfido, Leuwine lo labró, y Lemoine y Boucher formaron la mansión de una hada.

Así fué, que cuando Luis XV vió los esfuerzos que se hacían para agradarle y complacerle, se sonrió, alargó un taburete á Mad. de Pompadour, la mandó sentar al lado de la reina, é hizo que las princesas la besaran en la frente: á ella, la hija de la querida del arrendatario Tournehem, de aquella mujer sobre cuyo sepulcro se colocó este epitafio:

«Aquí yace la que salió de la nada, y para hacer una fortuna completa, vendió su honor al rentero, y su hija al propietario.»

Á ella, la hija de Poisson, que fué condenado á la pena de horca, y que una noche en una cena, con la cabeza trastornada por los vapores del vino, se tambaleaba en un sillón, diciendo: Sabéis que me causa risa el que nos veamos todos rodeados de tanto tren y magnificencia. Si entrase aquí algún extranjero nos tomaría por una asamblea de principes: y vos, Mr. de Montmartel, sois hijo de un tabernero: vos, Mr. La Valette, el hijo de un vinagrero: tú, Bouret, el hijo de un lacayo: y con respecto á mí, todo el mundo sabe quién fué mi padre.

No sólo por ella prescindió Luis XV de las leyes de la etiqueta: dió á su hermano el título de marqués de Vaudiere (Mr. de Maurepas le llamaba el marqués de *antes de ayer*), que después cambió en el de marqués de Marigny, y para que el hermoso niño tuviese la apariencia de un título, le hizo secretario de la Orden, y le dió el cordón azul que dispensaba de pruebas. Por lo menos, el favor no fué del todo mal empleado en él: se ocupaba en el dibujo, la geome-

tría y la arquitectura. Á los diez y nueve años obtuvo la plaza de primer arquitecto: pues bien, en una edad en que otro sólo habría pensado en gozar del favor, comprendió que era necesario hacerse digno de él. Marchó á Italia con Soufflot, Cochin y Leblanc, permaneció allí dos años, y cuando volvió, si no era uno de los primeros artistas, era al menos un aprecia-dor del primer orden. Se le creó marqués de Marigny en el momento de emprender su viaje.

— Bueno, dijo, los franceses me han llamado marqués de antes de ayer, los italianos me llamarán marqués de los marineros, y es muy natural, porque he nacido pescado (Poisson).

— Señor, decía al rey, jamás podría figurarme ni comprender lo que me sucede: si se me cae el pañuelo se bajan á alzármele del suelo veinte cordones azules.

Á su regreso de Italia las artes recibieron gran impulso: hizo que se concediesen privilegios á la academia de arquitectura, y creó la escuela de la misma arte en Roma. Quiso que se concluyese el Louvre, y que se colocase en la biblioteca la colección de medallas, el Museo y la antigüedades, pero sobre todo quiso que viviesen en él los artistas, porque esos hombres merecen habitar en un palacio.

Si su hermana vive, él realizará todo esto.

Hasta tanto, él fué quien fundó la exposición pública de pinturas en la gran galería del Louvre: el que reunió la hermosa colección de Rubén: el que compró, mediante una pensión de diez mil libras, el secreto de Picot, que consiste en trasladar la pintura de un lienzo á otro sin alteración. Así salvó de la destrucción la obra maestra de Andrés del Sarto, y el San Miguel de Rafael.

El año 1789 lanzó un anatema contra los favoritos

y favoritas : debe ser excluido el marqués de Marigny.

Pero durante aquel tiempo, es cierto que su hermana había hecho cosas menos honoríficas. La pobre mujer había comprendido que la misión de distraer á un hombre á quien nada podía divertir, y que Mad. de Maintenón miraba como imposible, bien merecía alguna indulgencia pontificia. En su consecuencia había inventado el Parque de los Ciervos.

Era la primera vez que una favorita había concedido la idea de formar un serrallo á su amante.

Pero la inteligente duquesa había conocido que su regio amante era un hombre sobre quien ejercía mucho imperio la costumbre, y que la variedad era una distracción que no ofrecía peligro.

El Parque de los Ciervos era una especie de harem como los de Bagdad ó Samarcanda, del que era desterrada cada esclava en cuanto había tenido el honor de compartir el lecho con su señor. Las que habían dejado en él su honra, recibían la recompensa, pues se las dotaba, y merced á esta circunstancia solían casarse ; las que quedaban en cinta y llegaban á ser madres, veían colocados á sus hijos en el clero ó en el ejército.

Poco importaba, pues, á Mad. de Pompadour, todas aquellas esclavas de un instante, siempre que ella fuese la sultana favorita, ó por lo menos, la que con su talento, su arte y sus cuentos debía divertir al sultán durante Mil una Noches.

CAPÍTULO XV

La Inglaterra y la Francia frente á frente. — Rompimiento. — Mr. de Jumonville. — Washington. — Mrs. de Villers y de Contrecoeur. — Ataque á los navios franceses por la escuadra inglesa. — Declaración de guerra. — Proyectos de la Inglaterra. — Mr. de Dieskau. — Mr. de Montcalm. — Toma de Menorca por Richelieu. — Su entrada triunfal en París. — Proyectos de Enrique IV para establecer una república cristiana. — Maria Teresa y Mad. de Pompadour. — El abate de Bernis. — Improvisación. — Reemplaza á Mr. de Rouillé. — Tratado entre la Inglaterra y la Prusia. — Alianza de la Francia con el Austria.

Hace cien años que la Inglaterra y la Francia, esas antiguas enemigas de Crecy, de Poitiers y de Azincourt, se aprestaban á proseguir en el Océano la lucha continental que sostenían hacia cinco siglos, y que hemos visto brotar en 1745 de resultas de la batalla de Fontenoy.

Echemos una ojeada sobre el mapa del mundo en 1750, y veamos cuál era su respectivo poderio.

Hace cien años que la Inglaterra no poseía más que cinco factorías, en la India : Bombay, Bejapour, Madrás, Calcuta y Chandernagor. En la América del Norte no tenía más que Terranova, y la banda del litoral, que como una faja se extiende desde la Acadia hasta las Floridas. Su única posesión en el banco de Bahama eran las islas Lucayas ó pequeñas Antillas.